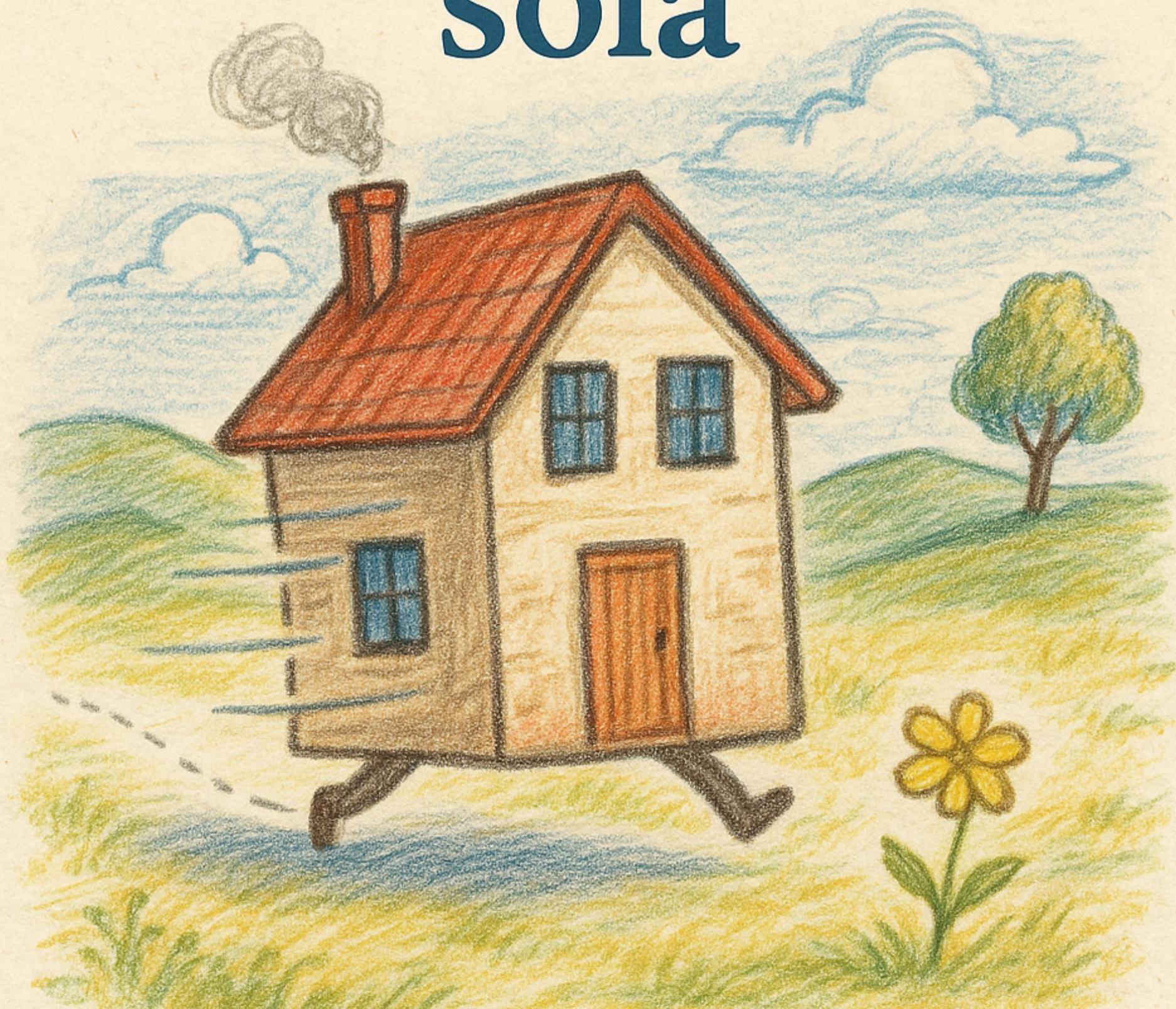


Andrea Samaniego aguirrezabal

La casa que se mudaba sola



La casa que se mudaba sola

La casa que se mudaba sola

Clara volvió a su pueblo después de muchos años. Quería ver la casa donde creció, esa que aún soñaba a veces: la escalera que crujía, las ventanas grandes, el olor a café y lápiz de su madre.

Pero cuando llegó a la calle de su infancia, no la encontró.

Preguntó a un vecino.

—La casa de los Abascal se mudó —le dijo él, como si fuera lo más normal del mundo—. Ayer estaba al lado del lago. Hoy, quién sabe.

Clara pensó que era una broma. Pero al buscarla, la encontró. Estaba igual por dentro: los mismos muebles, las mismas paredes... pero en otro lugar del pueblo.

Se quedó esa noche. Al amanecer, la casa había cambiado de lugar otra vez.

Así ocurrió durante días.

Cada vez que se dormía, la casa despertaba en otro sitio.

Y cada sitio traía un recuerdo:

— Frente al bosque, donde jugaba con su hermano.

— En la plaza, donde vio llorar a su madre.

— Junto al cementerio, donde no quiso entrar el día del entierro.

Entonces entendió: la casa no huía. La casa la guiaba.

La llevaba a enfrentar todo lo que había dejado atrás.

Durante años, Clara había evitado pensar en esas cosas. Pero ahora estaban frente a ella. Y la casa, como si respirara con ella, le daba tiempo para mirar, recordar y aceptar.

Una noche, Clara abrió las ventanas, respiró hondo y dijo en voz baja:

—Ya está bien. Ya entendí.

A la mañana siguiente, la casa ya no estaba. Solo quedaba un terreno vacío y, en medio, una flor amarilla creciendo sola.

Clara no lloró.

Recogió su maleta y sonrió por primera vez en mucho tiempo.

La casa había hecho su parte.

Y ahora, ella también estaba lista para moverse.